

JOSÉ REVUELTAS,

LETRAS AL MARGEN

◆ EDUARDO ANTONIO PARRA

DE LOS CENTENARIOS DE ESCRITORES MEXICANOS QUE SE CONMEMORAN EN 2014, EL MÁS ANUNCIADO ES, SIN DUDA, EL DE OCTAVIO PAZ. NO ES EXTRAÑO, PUES ADEMÁS DE TRATARSE DE NUESTRO ÚNICO PREMIO NOBEL DE LITERATURA Y DE SER EL POETA MÁS IMPORTANTE DEL SIGLO XX EN EL PAÍS, PAZ NO HA DEJADO DE INFLUIR EN LA VIDA INTELECTUAL MEXICANA A TRAVÉS DE LA RESONANCIA DE SUS IDEAS Y SUS POSTURAS CRÍTICAS, Y DE LA CONTINUIDAD DE ESA OTRA OBRA DE CARÁCTER CULTURAL QUE ES LA CREACIÓN DE PUBLICACIONES PERIÓDICAS. POR SI ESTO FUERA POCO, SUS SEGUIDORES, DISCÍPULOS Y EPÍCONOS CONSTITUYEN UNA LEGIÓN, Y MUCHOS DE ELLOS HAN SIDO LOS ENCARGADOS DE ORGANIZAR HOMENAJES Y CELEBRACIONES.

NO MUY A LA ZACA EN LO QUE SE REFIERE A IMPORTANCIA CULTURAL, AUNQUE NO CON TANTOS SEGUIDORES —O NO TAN "VISIBLES"—, LOS OTROS DOS LITERATOS MEXICANOS QUE LLEGAN A LOS PRIMEROS CIENTO AÑOS DE SU NACIMIENTO, EFRAÍN HUERTA Y JOSÉ REVUELTAS, A PRIMERA VISTA PARECERÍAN UN TANTO OLVIDADOS POR EL CRUESO DEL PÚBLICO LECTOR.

SHE WROTE ABOUT / 2012 / COLLAGE SOBRE PAPEL. FOTOGRAFÍA MAYRA SILVA.

ime, one's relation
 ll about

TERRIBLEMENTE HUMANO

Sin embargo, si uno observa con atención las tendencias de lectura entre las nuevas generaciones se dará cuenta de que Huerta es un poeta popular —tal vez el más popular en México después de Jaime Sabines—, y por lo tanto sus poemarios, que nunca han dejado de publicarse, pasan sin descanso de mano en mano entre los jóvenes, fecundando con su visión tierna, descarnada y social muchos de los versos de quienes ahora se inician en el oficio. En lo que respecta a José Revueltas, a pesar de haber

sido considerado “un escritor incómodo” desde la publicación en 1941 de su primera novela, *Los muros de agua*, ha acrecentado con el paso del tiempo el número de sus lectores, y para comprobarlo bastaría ver cuántas reediciones se han hecho hasta la fecha de uno solo de sus libros: la novela breve *El apando*. Así, si de los tres Octavio Paz es el titán, un genio superior indiscutible que deslumbra sin remedio a quien se acerca a sus páginas, podríamos aventurar que Efraín Huerta y José Revueltas —también genios a su manera—

resultan más entrañables para el lector contemporáneo, más cercanos por más humanos y, en el caso del último, estremecedor por haber sido tan terriblemente humano.

Sí, Revueltas fue muy humano. Tanto, que se autodenominó muchas veces con humildad con ese “hijo del hombre”, en un sentido a la vez literal e irónico —acaso porque se sabía el más religioso de los escritores ateos, el principal místico entre los materialistas; el único santo laico que, desde sus primeros años, comprendió que

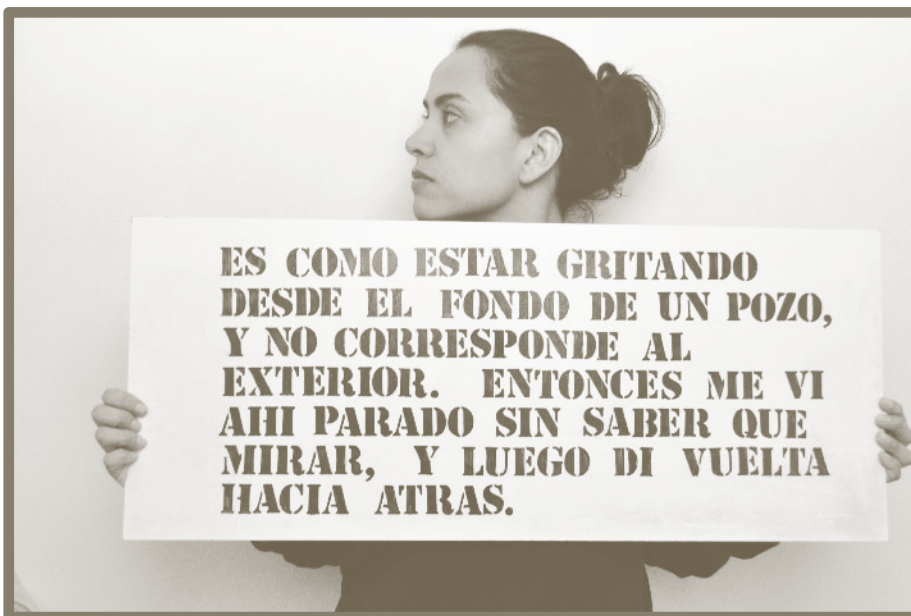
SE COLOCÓ SIEMPRE DEL LADO DE LOS MISERABLES, LUCHÓ CON ELLOS EN BATALLAS DESIGUALES -CASI SIEMPRE PERDIDAS DE ANTEMANO-, SUFRIÓ DERROTAS, DECEPCIONES, ARRESTOS Y PRISIONES Y, EN EL ÁMBITO DE LA LITERATURA, SIGUIÓ SIN DUDARLO EL CONSEJO DE TOLSTOI DE QUE UN ESCRITOR, PARA SERLO, TIENE QUE SER CAPAZ DE EXPERIMENTARLO TODO.

su destino en la Tierra era sufrir por la redención de los demás—, que no obstante delataba cierta soberbia y la seguridad en el valor intrínseco de su obra literaria. El mismo Octavio Paz lo consideraba “el más puro de los escritores mexicanos”, y es tal vez esa pureza en sus posiciones ideológicas y literarias, en combinación con su exacerbada humanidad, lo que lo volvía un ser incómodo para sus contemporáneos, pues ¿quién es capaz de soportar a un hombre siempre congruente con sus convicciones críticas en un medio donde campean los elogios mutuos, la supuesta cortesía y el oportunismo?

Tras una infancia alimentada con la lectura ferviente de “las vidas de los santos”, este duranguense emigrado desde sus primeros años a la capital de la república descubrió, apenas pasada la pubertad, las dos actividades a las que entregaría por completo su vida: la política y la literatura. Sin embargo, detrás de cada una palpitaba la que con seguridad era su pasión absoluta, la defensa de los oprimidos, pues es claro que hacia ella encaminó tanto sus luchas revolucionarias como sus textos narrativos, ensayísticos, dramáticos, filosóficos y periodísticos. Mucho se ha hablado de la vocación por el martirio que Revueltas mostró en todos

los actos de su vida, pero ¿qué se podría haber esperado de quien se inició en la lectura con hagiografías cristianas, y de allí pasó a devorar la obra de clásicos como Tolstoi y Dostoievski?, ¿qué de alguien que descubrió la miseria económica en los primeros tiempos de la niñez, y que a la edad de dieciséis años fue confinado como recluso en el penal de las Islas Marías debido a su lucha a favor de los desposeídos?

Al concebirse ateo y comunista, el joven José Revueltas descubrió que esa santidad a la que lo habían hecho aspirar sus lecturas infantiles no necesariamente estaba ligada a ninguna institución religiosa, pero sí a una postura ética inamovible dirigida a la redención de los humillados y los ofendidos o, lo que es lo mismo, a la salvación de la humanidad. También supo que para salvarla debía conocerla primero, es decir, mezclarse con ella, apurarla hasta las heces, transformarse en “el más humano” de los seres humanos. Por ello se colocó siempre del lado de los miserables, luchó con ellos en batallas desiguales —casi siempre perdidas de antemano—, sufrió derrotas, decepciones, arrestos y prisiones y, en el ámbito de la literatura, siguió sin dudarle el consejo de Tolstoi de que un escritor, para serlo, tiene que ser capaz de experimentarlo



todo. Es por estas razones que en él se da una de esas raras síntesis entre vida y obra literaria, donde cada página es un reflejo coherente del devenir existencial del autor. Y no se trata tan sólo de que su literatura, su narrativa sobre todo, sea en gran parte autobiográfica —que sí lo es—, sino que su visión del mundo, la filosofía que sustenta sus ficciones, es la misma exactamente dentro y fuera de las páginas, al grado de que es imposible separar al José Revueltas luchador social del José Revueltas escritor.

Bastaría recorrer sus novelas para comprobarlo. En su ya mencionada primera novela, *Los muros de agua*, el autor sitúa la acción en las Islas Marias, con lo que aprovecha la experiencia de su reclusión en ese penal en dos ocasiones antes de 1941. Los protagonistas del relato son, asimismo, miembros del Partido Comunista Mexicano, como él, lo que se mantuvo constante en casi toda su obra novelística, con la excepción de dos títulos, *En algún valle de lágrimas* y *El apando*. Su segunda y tercera novelas, *El luto humano*, de 1943, y *Los días terrenales*, de 1949,

REVUELTAS ERA UN CONVENCIDO DE QUE ES EN LAS SITUACIONES LÍMITE DONDE AFLORA LA NATURALEZA MÁS HONDA Y REAL DEL SER HUMANO.

enmarcan sus historias en sendos movimientos huelguísticos, uno de los trabajadores de un sistema de riego en el estado de Nuevo León y el otro entre trabajadores agrícolas veracruzanos. No obstante, lejos del panfleto y de los bodrios tendenciosos surgidos del llamado “realismo socialista” cuyas directrices surgían de los ideólogos del Kremlin, los relatos de José Revueltas resultan vibrantes debido a la humanidad que los alienta. Si no todos sus personajes —porque nuestro autor no se salvó en ocasiones de caer en los odiosos maniqueísmos de los “muy buenos” y los “muy malos”—, por lo menos los principales rezuman verdadero realismo, son contradictorios, densos, y están atormentados tanto por sus vidas íntimas como por sus creencias políticas. Las escenas en que se desenvuelven son extremas, sí, ¿pero qué otro tipo de vivencias podían esperarse de tales personajes y de tal autor? Además, Revueltas era un convencido de que es en las situaciones límite donde aflora la naturaleza más honda y real del ser humano.

Al igual que Octavio Paz, José Revueltas siempre padeció de una “pasión crítica”, que en su caso le atrajo un sinfín de conflictos con las cabezas de su verdadera *alma mater*, el Partido Comunista Mexicano, pues en *Los días terrenales* se atrevió a señalar las fallas dogmáticas de la institución. Contradictorio y desgarrado interiormente —es decir, humano—, no quiso defender su novela y optó por retirarla de la circulación ante el regaño de la cúpula partidista. Decidió por unos años acallar su

conciencia y escribió las que acaso son sus novelas más débiles, *En algún valle de lágrimas*, de 1956, y *Los motivos de Caín*, de 1957, donde, para no meterse en problemas, escoge como protagonistas a un burgués decadente mexicano y a un combatiente chicano en la guerra de Corea. Pero, ya expulsado del partido de sus amores y más maduro como narrador, su contradicción aflora de nuevo cuando vuelve a diseccionar el dogmatismo sin límites de la cúpula comunista en lo que sería su obra más ambiciosa, *Los errores*, de 1964, un alegato demoledor contra quienes parecían inmunes a la crítica y una de las novelas más profundas que se hayan escrito sobre la ciudad de México.

Los últimos años de la vida de este autor fueron la coronación de sus vocaciones y pasiones. Como luchador social se unió al movimiento estudiantil del 68, en el que fue considerado uno de los ideólogos e impulsores, obtuvo el respeto y la admiración de los jóvenes, fue detenido y, en consecuencia, sufrió el último revés en el camino de sus martirios personales al ser encerrado en Lecumberri. Como escritor, publicó su obra maestra, la novela breve *El apando*, donde, ya sin agitadores comunistas entre los personajes, plasma un reflejo fiel de la sociedad carcelaria y un desalentador retrato del ser humano en sus aspectos oscuros, sórdidos, extremos, lo que nos demuestra que José Revueltas supo llegar al conocimiento más hondo de la humanidad porque él mismo supo ser humano, terriblemente humano. ●